

Una Hora Con George Müller El Hombre De Fe a Quien
Dios Le Dio Millones

Charles R. Parsons

Traducción al español por:
Juan Luís Molina
Claudia Juárez
Con la colaboración de:
Charo Quesada

Octubre de 2010.

NOTAS PRELIMINARES DE LOS TRADUCTORES

Hace ahora más o menos unas dos semanas, tuvimos el privilegio de recibir este maravilloso documento “Una Hora con George Müller” de parte de nuestro hermano Laurence Torr de Bristol, con una pequeña nota de recomendación hacia su lectura. Lo más curioso del caso y que importa aquí ser referido, y que nos llamó mucho la atención, es que, en el mismo día, y con pocos minutos de intervalo, el mismo documento también nos fue enviado por otro hermano en Cristo residente en EEUU. Cuando Dios desea confirmarnos Su voluntad, lo hace de una manera sorprendentemente clara y sencilla. Bastó que Claudia, Charo y yo lo leyésemos, para que en nuestros corazones subiese repentinamente y a la vez, el mismo deseo de que nuestros hermanos de habla hispana también fuesen bendecidos con su contenido. El privilegio que nos dio Dios haciendo este trabajo de traducción ha sido enorme, y no tenemos palabras para agradecer a nuestro Padre la cantidad de bendiciones y consolación que en nuestras vidas ha producido.

La ley de la creencia, que tan precisamente se refleja en este documento, podría ser comparada con una vista al microscopio de algunas secciones de la Palabra que hablan sobre este mismo tema.

Los hijos de Dios han sido robados de muchas bendiciones y riquezas espirituales que son suyas por DERECHO DE SANGRE. Pero, tal vez, de lo que más hayan sido despojados y privados, por falta de entendimiento, es de la abundancia que Dios desea y es poderoso para producir sobre sus vidas. El adversario, haciéndose pasar por Dios a través de la religión de los hombres, ha sabido muy bien reflejar la apariencia de los creyentes, como siendo los más pobres y necesitados de todo el orbe; mientras que los injustos e impíos son siempre sumamente glorificados con sus riquezas y posesiones. El objetivo o finalidad del adversario robándonos nuestros privilegios divinos, no es otro sino que los hombres y mujeres sigan adorándole a él, y continúen despreciando a Dios. ¿Quién querría acercarse a un Dios cuyos hijos son pobres y miserables?

Por eso nos apremia Dios, a difundir el contenido de este pequeño libro porque quiere dar a conocer cuál es verdaderamente Su voluntad en este asunto tan importante para los que procuran Su gloria. Porque es muy necesario que más obreros se levanten, de una vez por todas, a creer a Dios recibiendo de Sus manos Su prosperidad, Sus riquezas y bendiciones. Si alguno leyendo este documento, escucha en él la voz del Padre, será uno más testificando eficazmente que Dios nada tiene que ver con la religión de

los hombres, y que en Su infinita misericordia reside el ardiente deseo de que, cada uno de Sus hijos, reine y gobierne en este mundo con toda Su prosperidad, para que Su bendita gloria sea evidenciada, magnificada y puesta muy en alto.

Estamos persuadidos de que la gloria de Dios se está dando a conocer en este día y hora de una manera sorprendente en todo el mundo. Cuando Dios encuentra hombres y mujeres que le procuran de todo corazón y se paran con Él firmes en la brecha, Dios nuestro Padre entonces comienza a revelarnos Su voluntad y, además, a desenterrar para nosotros, como sucedió en el tiempo de Esdras, documentos como este que nos confirman Su voz. De igual manera que ahora estamos encontrando y están saliendo a la luz este tipo de documentos y llegan a nuestras manos, de la misma forma Esdras y el pueblo de Israel encontraron las palabras escritas en los rollos que habían estado ocultos durante mucho tiempo, cuando dispusieron en su corazón, la edificación con Jehová del templo.

La revelación de Dios escrita, y este tipo de documentos que confirman Su Voz, es decir, que reafirman con sus testimonios lo que está escrito, se quedan enterrados cuando se prefieren los escritos de los hombres y abandonan el Primer Amor: el amor por Dios y por Su bendita Palabra; pero vuelven a aparecer con toda su fuerza y resplandor cuando hay quienes se levantan de corazón para que la gloria de Dios se manifieste. Así sucedió con los libros “Ministrando al Señor” y “Así Que Ya No Quieres Ir A La Iglesia,” los cuales nos llegaron de forma similar a nuestras manos y ambos fueron también de gran bendición, para nuestras vidas y para la de muchos hermanos de habla hispana entre los cuales difundimos sus contenidos.

Mirar solamente a Dios, alabarlo y adorarlo es el objetivo principal de estos libros que difundimos. Dios nos va poniendo en nuestras manos el material que precisamos de forma milagrosa y que, de una manera clara y transparente, nos confirman Su voz. Son verdaderos testimonios que nos muestran como el poder del espíritu santo ha sido a través de todos los tiempos siempre el mismo y ha tenido la misma eficacia en la vida de los que miran sólo a Dios.

Para terminar, nos gustaría exponer lo siguiente: En los tiempos de la vida del hombre que expone este documento, no había Dios todavía desenterrado todos los aspectos del Gran Secreto, como ahora se nos han dado a conocer en nuestros días. Tanto las administraciones de Dios en las Escrituras como muchas de las riquezas que habitan en el Cristo que llevamos dentro, que por la gracia de Dios conocemos hoy mejor que

entonces, todavía se encontraban escondidas del corazón de los que estaban firmes en la brecha en el tiempo de Müller.

Yo estoy muy agradecido a Dios de que, por la firmeza de estos hombres y mujeres que se quedaron firmes en la brecha, hoy en día, Dios haya podido revelarnos muchos más aspectos acerca de las riquezas que habitan en el Gran Secreto. Si nosotros seguimos sus ejemplos y nos quedamos con Dios firmes en la brecha, también las generaciones posteriores (si Cristo no vuelve antes) podrán beneficiarse de comprender más y mejor, asuntos que nosotros todavía no entendemos, porque el Gran Secreto posee en sí mismo una largura, una anchura, una profundidad y una altura ilimitada, que solo veremos completa el día de Jesucristo. Esto es por lo que ya no ponemos nuestros ojos en los servidores de Dios a través de los cuales hemos creído, sino sólo en Dios que da el crecimiento. (1ª Corintios cap.3). Aun así, no es una limitación para Dios, la falta de conocimiento en algunas áreas espirituales, estas lagunas en el entendimiento, nunca serán un impedimento para que Dios se manifieste en todo Su esplendor por la mano de los que le aman sobre todas las cosas. Este documento es un testimonio fiel de que el amor a Dios sobre todas las cosas, y no el acumular conocimiento, es el medio que Dios utiliza para dar a conocer toda Su gloria, en todo Su esplendor.

Para Dios va todo nuestro reconocimiento, nuestro agradecimiento y oración, para que, en la lectura de este documento, a quien le llegue, pueda ver como en un espejo, las riquezas que residen en su Cristo, y entienda cuan fácilmente pueden manifestarse y evidenciarse por la sola fe todas las cosas del Padre, si tan solo le permitimos vivir por nosotros.

1 Timoteo 1:17

Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos.
Amén.

NOTA DEL EDITOR

Permítanme por favor que les muestre al grado en el que George Müller confió en Dios desde una perspectiva apropiada. A lo largo de su vida, éste hombre recibió en donativos unos \$7.5 millones de dólares, pero esto no nos cuenta la historia completa.

En Octubre de 1998 la revista "American Heritage" publicó un reportaje titulado: *Los 40 Hombres Más Ricos En la Historia de América*. Para poder hacer una comparación acertada entre un Bill Gates en 2010 con Cornelius Vanderbilt en 1810, sería necesario tener en cuenta el valor relativo de \$1 dólar, en 1800 y de \$1 dólar en 1998.

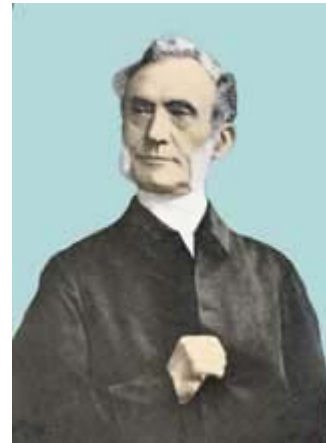
Después de muchas cuentas matemáticas, el autor del artículo determinó que \$1 millón de dólares en 1800 sería equivalente a 1 Billón en 1998. Así, pues, los \$7.5 Billones de dólares (equivalentes en nuestros días), que recibió a lo largo de su vida George Müller, lo situarían muy próximo de los primeros 40 hombres más ricos en América. Así, deja tras él nombres como los de George Washington en el puesto 58 y Benjamín Franklin en el 85. ¿Quién encabezaba esta lista? Podríamos decir sin margen de error, que los \$1.3 Trillones atribuidos a John D. Rockefeller podían perfectamente sobrepasar en mucho a todo lo que Bill Gates y Warren Buffer han acumulado juntos.

Lo que señala el artículo de manera sorprendente, es que Rockefeller, como buen Bautista que era, diezmaba fiel y regularmente. Su diezmo anual llegó en 1905 a la cantidad de 100 billones de dólares. A diferencia de otros en este tan exclusivo club de millonarios, el único que nunca se benefició de la "regla 72" fue George Müller. Sus fondos nunca acumularon intereses. Él decidió no confiar en las riquezas, habilidades, o en el hombre, sino en Dios, y solamente en Dios.

El Pastor Charles R. Parsons, hace la siguiente descripción de una hora de entrevista que tuvo con George Müller casi al final de su vida.

GEORGE MÜLLER

En un día templado de verano me encontraba paseando por los bosques de los Montes Ashley, en Bristol. En la cima contemplé los inmensos edificios que daban cabida a 2.000 huérfanos, construidos por un hombre que dio al mundo la lección de fe más sorprendente y eficaz que se haya visto alguna vez. El primer edificio se encontraba a la derecha, y allí, en medio de su gente, en sus nada pretenciosos aposentos, vivía santamente el patriarca, George Müller. Después de pasar la puerta de entrada, me paré un instante para



contemplar la Casa No.3, una de las cinco cuya edificación llegó a costar \$600.000 dólares. Fui recibido en la puerta por un huérfano quien me guió subiendo por una escalera de piedra y me introdujo en una de las salas privadas del venerable fundador de esta gran institución. El señor Müller se encontraba ni más ni menos que con 91 años de edad. Mientras estuve en su presencia, la veneración fue algo que inundó mi mente. *“Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano”.* (Levítico 19:32).

Me recibió con un cordial apretón de manos y me dio la bienvenida. Es un privilegio poder contemplar a un hombre por medio de quien Dios desarrolló una obra tan grande: va más allá de haber oído el tono de su voz; mejor que eso es el privilegio de haberme sentido inmediatamente en conexión con su espíritu y de haber sentido la cálida respiración de su alma como la mía propia. La comunión que tuve con él en aquella hora, se ha quedado grabada en mi corazón para siempre. Este siervo del Dios Altísimo me abrió su corazón, me confortó, oró conmigo, y me dio su bendición. En el transcurso de toda esa hora se hizo manifiesta la fuente de toda fuerza espiritual que habita en George Müller. Este santo anciano, en pleno uso de todas sus facultades, siempre mantuvo elocuencia en este tema: la alabanza digna a Jehová, el gran Oidor y Contestador de las oraciones de Su gente. Mis palabras fueron muy pocas.

“Usted siempre encontró al Señor fiel a Sus promesas, ¿verdad, señor Müller?”

¡Siempre! ¡Él nunca me decepcionó o defraudó! En todos estos cerca de setenta años, siempre ha suplido cada una de las necesidades de esta obra cada día. Desde que comenzó hasta hoy, han pasado por aquí, nueve mil

quinientos huérfanos, y a ninguno le faltó nunca una comida saludable. En centenas de veces, comenzamos el día sin un centavo, pero nuestro Padre Celestial siempre se las ingeniaba para suplirnos todo lo necesario a cada momento. Nunca nos faltó el sustento. Nunca hubo un momento en que faltase alimento en el plato de cada uno. Durante todos estos años, lo único que he hecho ha sido confiar solamente en el Dios Vivo. En respuesta a mis oraciones me han sido enviados \$7.5 millones de dólares. Hemos precisado de más de \$200.000 dólares por año y los hemos recibido conforme los íbamos necesitando. No hay ni un solo hombre que pueda decir que yo le haya pedido un céntimo. No tenemos comités, ni recaudadores, ni devotos, ni patrocinadores. *Todo ha llegado como respuesta a las oraciones de fe.* Dios tiene muchas maneras de tocar el corazón de todos los hombres del mundo para socorrernos. Sin ir más lejos, ayer por la tarde, mientras estaba predicando, un caballero me extendió la mano con un cheque con una buena cantidad de dinero, después de acabar el servicio.”

“He leído su vida, señor Müller, y he observado que algunas veces, su fe ha soportado duras pruebas. ¿Le sucede lo mismo hoy en día?”

“Mi fe está siendo puesta a prueba como nunca antes, y mis dificultades son mayores que nunca. Además de las responsabilidades financieras que tenemos, hay ayudas puntuales que tienen que aparecer constantemente, y lugares adecuados para acoger centenas de huérfanos que salen de nuestras instalaciones. Es muy común que nuestras cuentas estén tocando fondo. La última semana, por poner un ejemplo, hemos estado con las despensas casi vacías. Reuní a mis amados colaboradores y les dije, “¡Oren, hermanos, oren!” E inmediatamente recibimos quinientos dólares que nos habían sido enviados, después mil más, y pocos días más tarde recibimos otros 7.500. Pero siempre tenemos que orar, y siempre con creencia. ¡OH! Qué hermoso es confiar en el Dios Vivo, pues Él ha dicho, *“nunca te dejaré, nunca te desampararé”* (Hebreos 13:5). Mantén muy viva tu expectativa en la grandeza de Dios, y recibirás grandes cosas. La capacidad de Dios no tiene límites. ¡Alabado por siempre sea Su glorioso Nombre! ¡Alabado sea en todas las cosas! Lo he alabado muchas veces cuando me envía diez centavos, y lo he alabado cuando me ha enviado \$60.000 dólares.”

“¿Supongo que nunca habrá pensado en ahorrar algún dinero?”

“Si lo hubiese hecho, habría sido un acto bastante necio. ¿Cómo podría orar yo, si tuviese disponible dinero ahorrado? Si lo hiciese, me diría Dios, “dispón de esos ahorros, George Müller.” OH no, nunca se me pasaría por la cabeza hacer una cosa de esas. Nuestros ahorros se encuentran en los

Lugares Celestiales. El Dios Vivo es nuestra suficiencia. *He confiado en Él por un dólar, y he confiado en Él por miles de dólares, y nunca ha defraudado mi confianza. “Bendito sea el hombre que en Él confía” (Salmos 34:8).*

“Y, está claro que nunca pensó en su propio beneficio, ¿no es así?”

No me olvidaré fácilmente de la forma tan digna en que fueron contestadas mis preguntas por este hombre de fe. Estaba confortablemente sentado frente a mí, con sus rodillas muy próximas a las mías, sus manos juntas, sus ojos reflejaban una paz, una quietud, y un espíritu meditativo. La mayor parte del tiempo había estado dirigiendo sus ojos al suelo. Pero ahora que se encontraba erguido, observó mi rostro por breves momentos, con tal intensidad, que sentí traspasar hasta lo más íntimo de mi alma. Había mucho de grandeza y majestad en aquella mirada tan cristalina y pura, tan acostumbrada como estaba a las visiones espirituales y a mirar en los asuntos más profundos de Dios. Yo no sé si mis preguntas le sonaron mal, o si dejaron ver un toque del “viejo hombre” al cual se refirió en su discurso. En todo caso, nunca hubo la menor sombra de duda que alterara su ser.

Después de una breve pausa, durante la cual su rostro parecía un sermón y la profundidad de sus claros ojos brillaban iluminados, desabrochó su abrigo y sacó de su bolsillo un antiguo monedero con unos aros para separar las monedas por su valor. Y poniéndolo sobre mi mano dijo tranquilamente, “Todo lo que poseo se encuentra en ese monedero – ¡cada centavo! ¿Lo guardo en beneficio propio? ¡Jamás! Cuando se me envía dinero para mi uso personal, lo reencamino a Dios. Más de cinco mil dólares me han sido enviados de una sola vez; pero jamás he pensado que esos donativos me perteneciesen a *mí*; le pertenecen a *Él*, de Quien soy y a Quien sirvo. ¿En beneficio propio? Nunca procuré nada; eso sería deshonar a mi amoroso, elegante, y todo bondadoso Padre.” Devolví el monedero a señor Müller. Me dijo la cantidad que contenía, y me contó como él mismo se había entregado del todo al Orfanato y al Instituto del Conocimiento de las Escrituras. Sobre este asunto, sin embargo, junto con algunos más, no estoy autorizado para exponerlos.

Había un rasgo de santo entusiasmo en el rostro de este anciano y fiel hombre, mientras relataba algunos de los incidentes que le sucedieron en sus viajes predicando en cuarenta y dos países diferentes, y cómo mientras viajaba de un lugar a otro –algunas veces los sitios distaban entre sí miles de millas– sus necesidades iban siendo suplidas. Cientos de miles de hombres y mujeres de casi todas las naciones se acercaron para oírle, y su gran tema fue el sencillo mensaje de la salvación y la exhortación a los

creyentes a confiar en el Dios Vivo. Me contó que ora más por sus sermones que por cualquier otra cosa y que, muchas veces, no sabe cuál va a ser el texto hasta que no acaba de subir las escaleras del púlpito, aunque haya estado orando por él durante toda una semana.

Le pregunte si pasaba mucho tiempo de rodillas.

“Durante horas todos los días. *Yo vivo en el espíritu de la oración; oro cuando camino, cuando caigo, y cuando me levanto. Y la respuesta siempre viene en camino.* Decenas de miles de veces han sido respondidas mis oraciones. Cuando estoy persuadido de que algo es correcto, me pongo a orar por ello hasta el final. ¡Nunca desisto!”. El señor Müller comenzó sus viajes cuando tenía 70 años y continuó realizándolos hasta los 87 (desde 1875 a 1892). Estas palabras fueron pronunciadas con un tono bastante alto. Había un rasgo de triunfo en ellas, y el hombre que las pronunciaba desbordaba un gozo santo. Se había levantado de su asiento mientras las profería y se paseaba alrededor de la mesa.

“*En respuesta a mis oraciones, miles de almas han sido salvas,*” continuó diciendo. “He de encontrarme con miles de ellos en el cielo.” Se hizo otra pausa. Yo no dije nada, y él continuó: “*Lo más importante es no desistir hasta que llegue la respuesta*”. Yo he orado durante cincuenta y dos años todos los días por dos hombres, hijos de un amigo de mi juventud. Todavía no han sido convertidos, ¡pero *lo serán* algún día! ¿Cómo podría ser de otra manera? Está de por medio una promesa de Jehová inmutable, y en ella me recuesto y descanso. El gran error que se comete entre los hijos de Dios es que no perseveran en la oración; no se mantienen orando; no son persistentes. Si desean darle la gloria a Dios en todas las cosas, deben orar hasta que las consigan. “OH, ¡cuán bueno, amable, elegante, y condescendiente es Aquel con quien tenemos que tratar! ¡Él me ha ofrecido, sin yo merecerlo, muchísimo más de lo que pedía o entendía! Yo no soy más que un pobre ser, fracasado y pecador, sin embargo, Él ha oído mis oraciones decenas de miles de veces y he sido instrumento Suyo para traer a decenas de miles de almas al camino de la verdad en éste y en otros países. Estos miserables labios han proclamado la salvación a grandes multitudes, y muchísimas personas han creído en la vida eterna.

Pregunté al señor Müller si alguna vez cuando comenzó esta obra se había imaginado la dimensión y el crecimiento que alcanzaría.

Después de relatar el comienzo en Wilson Street, respondió, “Yo solamente sabía que Dios estaba involucrado en esta obra y que estaba guiando a Su hijo por un camino que no había sido pisado ni explorado anteriormente.

Estar seguro de que Él se encontraba presente fue lo que me mantuvo firme.”

“No puedo dejar de notar la forma como habla de sí mismo” Dije, consciente de que abordaba un tema ante un hombre amable, sagrado y cercano colaborador de Dios, con un entendimiento espiritual profundo y con una relación muy íntima y personal con Dios, tan pronto como terminé de hablar, me arrepentí de mis palabras.

Pero él alejó de mí aquellos temores exclamando, “Hay solamente una cosa que merezco, ¡y es el Infierno! Te digo, hermano mío, que es la única cosa que merezco. Yo soy un hombre perdido por naturaleza, pero también soy un pecador salvo por la gracia de Dios. Aunque por naturaleza sea pecador, no vivo en pecado. Detesto el pecado; lo detesto cada vez más y más, y cada vez amo más y más la santidad.”

“Supongo que, a través de todos estos años trabajando para Dios, se ha debido encontrar con muchas circunstancias adversas que lo hayan desmotivado, ¿no es así?”- pregunté.

“He hallado muchas circunstancias desalentadoras, pero siempre he mantenido y puesto mi confianza en Dios,” fue la respuesta. “¡En las palabras de la promesa de Jehová descansa mi alma! OH, qué bueno es confiar en Él; ¡Su Palabra nunca vuelve vacía! “*Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas*” (Isaías 40:29). Este principio también se aplica a mi ministerio público. Hace sesenta años prediqué un pobre, seco y estéril sermón que no me dejó satisfecho y, como me imaginé, tampoco confortó a otros. Pero mucho tiempo después escuché diecinueve casos distintos acerca de las bendiciones resultantes de aquel sermón.”

Le conté unos pocos casos que me habían desalentado, y le expresé la esperanza de llegar a ser más útil que nunca para Dios. “Serás útil para Dios, hermano mío,” exclamó él. “¡El mismísimo Dios te bendecirá! ¡Esfuézate! ¡Persevera!”.

¿Me permite pedirle un consejo respecto a mi propio trabajo con Dios? Pregunté: ¿cómo puedo contribuir con mi esfuerzo en la grandiosa labor cristiana de cosechar almas?

“Procura depender enteramente en Dios en todas las cosas” contestó. Deposita tu vida y tu trabajo en Sus manos. Cuando te surjan nuevas tareas, pregunta: *¿esto concuerda con los propósitos de Dios? ¿Es para Su*

Gloria? Si no es para Su Gloria, no es bueno para ti, y no tienes nada que hacer al respecto. ¡Recuerda esto! Teniendo presente que todo sea para glorificarle, comiéndalo en Su Nombre y llévalo hasta el final en oración y fe, y ¡nunca desistas! No permitas iniquidad en tu corazón. Si la tienes, Dios no te escuchará. Cree en Su fidelidad. Depende sólo en Él. Espera en Él. Cree en Dios. *Espera grandes cosas de Él.* No desmayes si demoran las bendiciones en llegar. Y sobre todo, descansa en los méritos conquistados por nuestro maravilloso Señor y Salvador, para que de acuerdo a sus méritos y no a los tuyos propios, sean aceptables las oraciones que ofreces y el trabajo que realices para Dios. No tuve palabras para responder. ¿Qué podía decir? Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi corazón estaba rebosante de bendiciones –*Me impactó tanto lo que escuchaba que me quede sin palabras, paralizado, reinaba el silencio del amor del Cielo*–

El Sr. Müller fue a buscar en otra sala una copia de su biografía, en la cual inscribió mi nombre. Su ausencia me dio la oportunidad de echar un vistazo al apartamento. El mobiliario era de lo más sencillo, práctico y en armonía con el hombre de Dios que había estado hablando conmigo. Este es un gran principio con el que vivía George Müller, *que los hijos de Dios no deberían ser ostentosos en su estilo, cargos o posición, forma de vestir, o modo de vivir.* Él cree que la ostentación y el lujo no concuerdan con aquellos que se declaran discípulos de aquel manso y humilde ser que no tuvo donde recostar su cabeza. Sobre la mesa había una Biblia abierta de buena tipografía sin notas o referencias. Esta, pensé, es la morada de un hombre considerado poderoso espiritualmente en los tiempos actuales – un hombre levantado especialmente para mostrar a un mundo frío, calculador, y egoísta, la realidad de los asuntos de Dios y para enseñar a la iglesia lo victoriosa que puede ser, siendo lo suficientemente sabia de aferrarse del brazo omnipotente de Dios.

Estuve con este príncipe de la oración una hora completa, y solamente llamaron una vez a su puerta. Cuando el Sr. Müller la abrió, se presentó uno de sus huérfanos –uno de tantos sobre la tierra– una niña de cabello rubio. “Querida mía,” dijo él, “no puedo atenderte en este momento. Espera un poco e iré a verte.” Así que tuve el privilegio de permanecer sin interrupciones con este hombre de fe, este victorioso de Dios, este viajero en el peregrinaje del camino de la vida de noventa y un años de edad –un hombre que, al igual que Moisés–, habla con Dios de la misma manera que un hombre habla con su amigo. Fue para mí como si una hora celestial hubiese descendido a la tierra.

Su oración fue corta y sencilla. Poniéndose de rodillas dijo, “OH Señor, bendice a este amado siervo que ahora está delante de Ti más y más, ¡*más*

y más, más y más! Y concédele en la gracia Tu guía en su pluma para que sepa lo que debe escribir respecto a Tu obra y nuestra conversación de hoy. Lo pido a través de los méritos de Tú amado Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. ¡Amén!"

VIDA Y OBRA DE GEORGE MÜLLER

El autor de la entrevista anterior, habló de los siguientes detalles particulares acerca de la vida de George Müller: El fundador de la Casa de Huérfanos Ashley Down, en Bristol, Inglaterra, nació en Prusia, el 17 de Septiembre de 1805. En su juventud vivió una vida impía y atea, pero con veintiún años de edad se convirtió súbitamente a Dios durante una reunión de oración en la casa de un piadoso comerciante. Poco tiempo después llegó a Inglaterra, no trayendo con él ninguna carta de presentación, ni dinero, ni nombre, ni recomendación, y solamente con un muy limitado conocimiento de la lengua inglesa. ¿Qué fue, pues, lo que le impulsó a venir hasta aquí? *Traía a Dios con él.* Poco después de establecerse, escribió en su periódico, “*Mi vida entera será un servicio para el Dios Vivo.*” Sus principios estaban profundamente arraigados en la Santas Escrituras, y siempre se apegó a ellas a lo largo de toda su longeva vida. Nunca pidió la ayuda de nadie y nunca se negó a prestarle ayuda a quien la necesitase. Sus oraciones de fe fueron firme y sólidamente respondidas recibiendo *más de un millón y medio de libras esterlinas, (\$7.500.000)* para la edificación y mantenimiento de la “*Casa de Huérfanos de Dios*”, para sus viajes misioneros, y para la distribución de las Escrituras.

En sus casas, diez mil huérfanos que vivían en la miseria, han sido formados, educados, y enviados al mundo. En su avanzada edad había viajado cerca de doscientas mil millas alrededor de cuarenta y dos países, predicando el Evangelio a tres millones de personas. Habiendo servido así a Dios en su día y generación, su espíritu, igual que el de Moisés, fue llevado por Jehová, estando a solas en su habitación, en las tempranas horas de la mañana del 10 de Marzo de 1898. A la edad de noventa y tres años. “*Vida Te demandó, y se la diste; Largura de días eternamente y para siempre.*” (Salmos 21:4).

RESPUESTAS A LAS ORACIONES

Algunas de las muchas e impresionantes respuestas a las oraciones que George Müller recibió durante su ajetreada vida y que están contenidas en sus narrativas, son las siguientes.

13 de Junio de 1853 –

Estábamos con muchas carencias. No debíamos nada, tampoco es que estuviéramos sin un centavo; todavía teníamos sesenta dólares disponibles; pero era necesario comprar harina, de la cual adquirimos normalmente diez sacos de una sola vez, cuatro mil doscientas libras de avena (más de dos mil kilogramos), y cuatrocientas pastillas de jabón. Además, se estaban realizando muchas pequeñas reparaciones en la casa, con un cierto número de trabajadores, cuyos honorarios rondaban en unos \$280 dólares por semana. Y encima de todo esto, el sábado, antes de ayer, me di cuenta de que el sistema de calefacción necesitaba ser reparado y que costaría, muy probablemente, unos \$100 dólares. Así que sería necesario, humanamente hablando, tener a mano unos \$500 dólares para hacer frente a estos pesados gastos extras. Pero yo no tenía forma “humanamente posible” de obtener ni tan siquiera doscientos centavos— mucho menos \$500 dólares.

Y para colmo, hoy era lunes, cuando normalmente los ingresos son muy escasos. Pero cuando me dirigía a la Casa de Huérfanos hoy por la mañana, orando de camino, le expuse particularmente al Señor en oración, que en este día, aunque fuese lunes, Él podía enviarme mucho más. Y así fue, esa mañana recibí \$1500 dólares para el servicio del Señor, mucho más de lo necesario. El gozo que tuve no puedo describirlo. Recorrí mi habitación de arriba abajo durante un largo tiempo, lagrimas de gozo y gratitud al Señor corrieron como una lluvia por mis mejillas por toda Su bondad, y me postré rendido de nuevo, con todo mi corazón, ante Él por Su bendito favor. Casi nunca sentí tan intensamente la bondad del Señor dándome su ayuda.



Las cinco Casas de Huérfanos, Ashley Down en Bristol.

30 de Septiembre de 1868 – Recibí de Yorkshire \$250 dólares. También hoy hemos recibido \$5 000 dólares para la obra del Señor en China. Acerca de estos donativos es preciso señalar, que durante meses he tenido el ardiente deseo de empeñarme más que nunca en la obra misionera en China, y he dado los pasos necesarios para llevar a cabo mi deseo, entonces me han llegado a la mano estos donativos. Esta preciosa respuesta a la oración por recursos, debería ser una motivación especial para todos aquellos que están comprometidos en la obra del Señor, y que necesitan Sus recursos para llevarla a cabo. Esto nos prueba de nuevo que, si nuestra obra es Su obra, y le honramos mirándolo sólo a Él y esperando de Él, los recursos para llevarla a cabo, Él ciertamente a Su tiempo y a Su manera, los suplirá.

El gozo de ver respondidas las oraciones, no tiene descripción posible y el ímpetu que aportan en la vida espiritual es enorme. La experiencia de estas bendiciones son las que yo deseo para todos mis lectores Cristianos. Si tú verdaderamente crees que el Señor Jesús es el salvador de tu alma; si andas rectamente y no guardas iniquidad en tu corazón; si pacientemente sigues esperando, y poniendo tu confianza en Dios, las respuestas a tus oraciones serán otorgadas con toda certeza. Es posible que tu no hayas sido llamado a servir al Señor de la misma manera que lo fui yo, y es por eso que quizá nunca tengas las mismas respuestas a oraciones específicas como las que aquí se registran; pero en tus diferentes circunstancias, tu familia, tus negocios, tu profesión, en tus actividades en la iglesia, en tu trabajo para el Señor, sí debes obtener respuestas claras como las que aquí están registradas.

4 de Septiembre de 1869 –

Solamente poseía un centavo en mi bolsillo esta mañana, ¡Medita esto por

un instante, querido lector! ¡Solo tenía en mis manos un centavo cuando el día comenzó! Piensa esto, y piensa en que cerca de 1400 almas deberían ser alimentadas. Ustedes, hermanos pobres, que tienen seis u ocho niños y salarios bajos, piensen en esto, y ustedes, mis hermanos que no pertenecen a las clases trabajadoras, pero con medios muy limitados, ¡piensen en esto! *¿No puedes hacer tú, lo mismo que nosotros hacemos, bajo tus obstáculos y problemas?* ¿No te ama tanto a ti el Señor, como nos ama a nosotros? ¿No nos ama Él tanto a nosotros Sus hijos como amó a Su Hijo primogénito, como está escrito en Juan 17:20-23? ¿O somos nosotros mejores que vosotros?... Pues bien, escuchemos entonces, cómo Dios socorrió la situación, cuando *solamente tenía un centavo* en el bolsillo, en aquella mañana.

Poco después de las nueve de la mañana recibí \$5 dólares provenientes de una hermana en el Señor, de la que no recuerdo el nombre del lugar donde mencionó que residía. Entre las diez y las once me fue enviada una bolsa de las Casas de Huérfanos, en donde había una nota escrita diciendo que eran necesarios \$6 dólares para hoy. *Aun no había terminado de leer esto* cuando paró un carruaje en frente de mi casa, y un caballero, de la vecina ciudad de Manchester, se presentó. Supe que era un creyente, que había venido a tratar de algunos negocios en Bristol. Él había oído acerca de las Casas de Huérfanos, y expresó su sorpresa de cómo sin ningún sistema regular de recolección de dinero, y sin contribuciones personales, simplemente a base de fe y oraciones, yo había obtenido más de \$10.000 dólares anuales para la obra del Señor. Este hermano, a quien yo no había visto nunca antes, y del que ni tan siquiera sabía su nombre antes de que viniera, me ofreció \$10.00 dólares, como ilustración de lo que yo le había relatado.

28 de Julio de 1874 –

“Me ha parecido por meses, como si el Señor nos quisiera traer al estado en el cual permanecemos por más de diez años, desde Agosto de 1838, hasta Abril de 1849, en los cuales tuvimos día tras día, casi sin interrupción, que esperar mirándolo solamente a Él para que supliera nuestras necesidades día tras día, y en una gran parte de las veces, de una comida a otra. Las dificultades me parecen de hecho muy grandes, una vez que la institución es hoy en día veinte veces más grande de lo que era entonces, y nuestras adquisiciones y compras tienen que ser hechas al por mayor; al mismo tiempo, me conforta saber que Dios toma cuidado de todo esto, y que si esta es la manera en como es glorificado Su nombre, y para el bien de Su iglesia y del mundo no convertido, yo estoy, por Su gracia, dispuesto a seguir por esta vía, y de seguir haciéndolo así hasta el final de mi vida. Los fondos de dinero se gastan rápidamente; pero Dios, nuestro infinito y rico

Tesoro, es el que nos mantiene. Esto es lo que me da paz.

“Si a Él Le place que haga de nuevo un trabajo que requiera cerca de \$222.000 dólares por año al final de mi vida, y que ya hice desde 1838 hasta 1849, no solo estoy listo y preparado para hacerlo, sino que de nuevo me sentiría feliz de pasar por todos esos obstáculos de fe, como medios para llevarlo a cabo, con tal de que Él sea glorificado, y Su iglesia y el mundo sean beneficiados. Una y otra vez ha pasado este último punto por mi mente, y me he puesto a mí mismo en una posición sin salida alguna. Tengo frente a mi dos mil cien almas no solamente en la mesa, sino con todas las demás necesidades por ser provistas, y con todos los fondos acabados, ciento ochenta y nueve misioneros para ser asistidos, y nada puede quedarse sin suplir, cerca de cien escuelas, con cerca de 9.000 alumnos en ellas, a quienes hay que cubrir todas sus necesidades, y sin medios a la vista para hacerlo; cerca de cuatro millones de boletines informativos y decenas de miles de copias de las Sagradas Escrituras que tienen que ser enviadas todos los años, y todo el dinero ha sido gastado. Siempre, sin embargo, enfrentándome con estas probabilidades, me digo a mí mismo: Dios, que ha erguido esta obra a través de mis manos, Dios que me ha guiado regularmente año tras año, para engrandecerla, Dios que ha soportado esta obra desde hace más de cuarenta años, continuará socorriéndola y no permitirá que sea avergonzado, porque yo estoy seguro y pongo mi confianza en Él, le entrego y deposito toda la obra en Él, y Él me seguirá supliendo todo lo que necesite en el futuro también, aunque no pueda comprender cuales son los medios que emplee para enviar lo que requerimos.

Samuel Chadwick, en su más inspirado libro, *El Camino de la Oración*, relata una ocasión cuando el Dr. A. T. Pierson fue convidado por George Müller a la casa de huérfanos. Dice así: “Una noche cuando todos en la casa ya se habían retirado él (Müller) pidió a Pierson que se juntase con él en oración. Le contó que no había absolutamente nada en casa para el próximo desayuno en la mañana. Mi amigo intentó dialogar con él y recordarle que todas las tiendas se encontraban cerradas. Müller sabía eso perfectamente. Él oró como siempre lo hacía, y no le contó a nadie sus necesidades sino a Dios. Los dos oraron –en fin, Müller lo hizo– y Pierson lo intentó.

Se fueron a la cama y durmieron, y el desayuno *para dos mil niños se encontraba en la mesa tan abundante como solía serlo* a la hora del desayuno. Ni Müller ni Pierson llegaron a saber de dónde había salido la respuesta a sus oraciones. La historia le fue contada en la mañana siguiente a Simon Short de Bristol, bajo la promesa de guardar el secreto

hasta la muerte del benefactor. Los detalles del caso son impresionantes, pero todo lo que precisamos contar aquí es que el Señor lo llamó para que saliese de su cama en medio de la noche para enviar el desayuno a la Casa de Huérfanos de Müller, y no sabiendo nada acerca de la necesidad que tenían, ni de las oraciones que estos dos hombres habían hecho, envió provisiones que darían para llenar las despensas de alimentos durante un mes entero. Este es el mismísimo Señor Dios de Elías, y aún más, el mismo Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

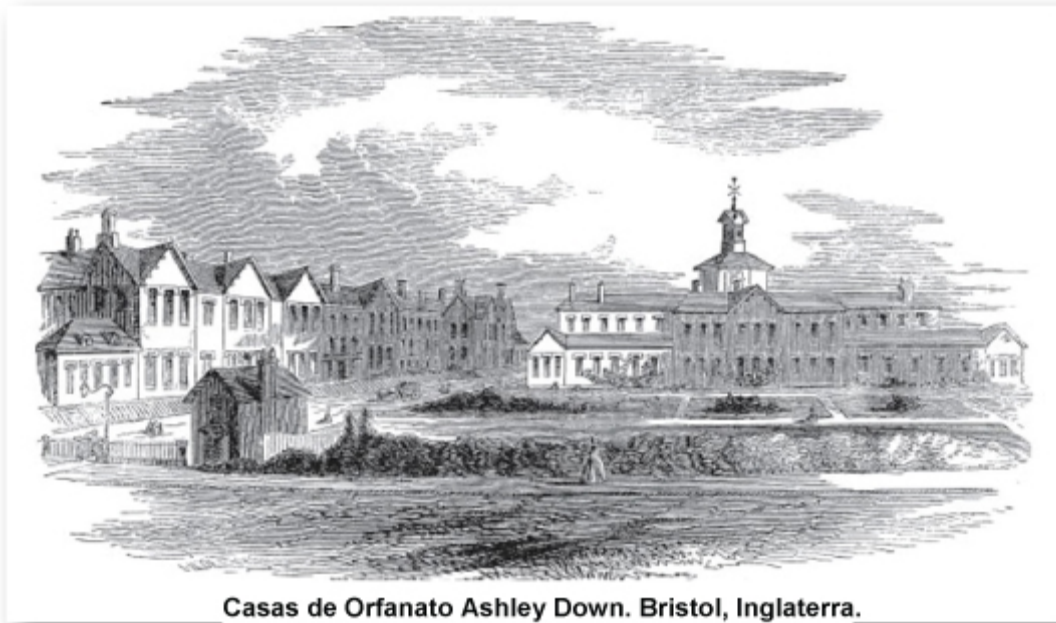
Charles Inglis, el bien conocido evangelista, relata el siguiente curioso incidente: “Cuando vine por primera vez a América hace treinta y un años atrás, crucé el Atlántico con el capitán de un buque que era uno de los hombres más devotos que alguna vez conocí; y cuando sorteamos los bancos de arena de Newfoundland me dijo: “Sr. Inglis, la última vez que navegué por aquí, hace cinco semanas atrás, sucedió una de las cosas más extraordinarias que revolucionaron toda mi vida Cristiana. Hasta esa fecha yo no era más que uno de esos cristianos comunes. Tuvimos un hombre de Dios a bordo, George Müller, de Bristol. Yo había estado en aquel puente de vigilancia durante veintidós horas seguidas y nunca salí de allí. Alguien me llamó la atención tocando levemente mi espalda. Era George Müller.

“Capitán, dijo él, vengo para decirle que necesito estar en Quebec el sábado por la tarde.” Era miércoles. “Eso es imposible,” le dije. “Muy bien, si su barco no puede llevarme, Dios encontrará la manera de locomoción para que llegue a tiempo. Nunca he faltado a un compromiso en cincuenta y siete años.” “Bien quisiera ayudarlo, pero ¿cómo podría hacerlo? No tengo manera.” “Bajemos a la sala de embarque y oremos,” dijo él.

“Yo mire a este hombre”. Y pensé para mí mismo, “¿de qué manicomio habrá salido éste? Nunca había escuchado una cosa igual,” “Sr. Müller, le dije, ¿sabe usted cuan densa es esta niebla? “No, replicó él, mis ojos no están puestos en cuan densa es esta niebla, sino en el Dios Vivo quien controla todas las circunstancias de mi vida.” Él se arrodilló, y oró una de las más sencillas oraciones. Y pensé para mí mismo, “esto más parece una aula de niños, donde éstos no tienen más que ocho o nueve años.” El contenido de su oración era más o menos este: “OH Señor, si es de acuerdo a Tu voluntad, por favor haz que desaparezca esta niebla en cinco minutos. Tú conoces mi compromiso Tu harás que llegue a Quebec el sábado. Yo sé que esa es tu voluntad.”

Así que terminó, yo también iba a comenzar a orar, pero el tocó mi espalda y me dijo que no orase. “Primero,” dijo él, “usted no cree que Dios vaya a hacerlo; y segundo, Yo creo que Él ya lo ha hecho. Así que no hay necesidad de que usted ore por este asunto.” Yo le miré, y George Müller

dijo así: “Capitán, yo conozco a mi Señor desde hace cincuenta y siete años y no ha habido un solo día en que me haya defraudado, y, además, en Quebec, tengo una audiencia con el Rey, levántese, Capitán, y abra la puerta, y comprobará por sí mismo que la niebla ha desaparecido” Yo me levanté, y la niebla ya no estaba. El sábado por la tarde George Müller se encontraba en Quebec.



LA VERDADERA FE, POR GEORGE MÜLLER

Es, pues, la fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía. Hebreos 11:1,3.

Primero

¿Qué es fe? En la simple manera que yo soy capaz de expresarlo: Fe es la certeza de que las cosas que Dios ha dicho en Su Palabra son verdad, y la plena confianza y absoluta persuasión de que Dios actuará de acuerdo a lo que ha dicho en Su Palabra. Esta seguridad, esta dependencia en la Palabra de Dios, esta confianza es fe.

Ninguna emoción o sentimientos deben ser tenidos en cuenta en conexión con la fe. Las emociones y los sentimientos no tienen nada que ver con la fe. La fe tiene que ver con la Palabra de Dios. No son las emociones, fuertes o débiles, que hagan diferencia alguna. Nosotros actuamos y nos guiamos por la Palabra escrita y no por nosotros mismos o nuestras emociones.

Las probabilidades no deben ser tomadas en cuenta. Hay muchas personas que tienen la voluntad de creer con respecto a las cosas que les parecen probables a sus ojos. Pero la fe no tiene nada que ver con probabilidades. La frontera de la fe empieza donde las probabilidades acaban, donde la vista y los sentidos fracasan. Una gran cantidad de hijos de Dios se vienen abajo y lamentan su falta de fe. Me escriben diciéndome que no tienen sentimientos, ni emociones, no ven la probabilidad de que sus deseos sean cumplidos. Las apariencias no deben ser tenidas en cuenta. La cuestión es –Si Dios lo ha dicho en Su Palabra, será hecho sin sombra de duda alguna–

Y ahora, amados amigos, deben preguntarse ustedes mismos, si han adquirido el hábito de confiar en la Palabra de Dios, en lo más profundo de su ser, y si lo que deseamos o buscamos está alineado con lo que Él ha dicho en Su Palabra.

Segundo: Cómo puede ser incrementada la fe

Dios se deleita en incrementar la fe de Sus hijos. Nuestra fe, la cual en un principio es débil, aumentará y se desarrollará más y más conforme a su uso. Deberíamos, en vez de no querer experimentar pruebas antes de la

victoria y ejercitar la paciencia, estar dispuestos a tomarlas de manos de Dios como un medio. Digo –y lo digo deliberadamente– pruebas, obstáculos, dificultades y a veces incluso derrotas, son el verdadero alimento para la fe.

Recibo cartas de mucho amados hijos de Dios que dicen: “Querido hermano Müller: Le escribo porque soy débil y pobre en fe”. Pues con la misma certeza con la que pedimos que nuestra fe sea fortalecida, debemos tener la disposición de recibir de la mano de Dios los medios para fortalecerla. Debemos permitirle educarnos a través de pruebas, pérdidas y problemas. Es a través de estas pruebas que ejercitamos la fe y que ésta se desarrolla más y más. Dios afectuosamente permite las dificultades, para que pueda desarrollar sin cesar lo que Él desea hacer por nosotros, con la finalidad de que no desfallezcamos, pero si Él permite que soportemos pesares y obstáculos, pérdidas y aflicciones, debemos aceptarlas de Sus manos como evidencias de Su amor y esmero por nosotros, en el desarrollo gradual de aquella fe que Él está procurando fortalecer en nosotros.

La Iglesia de Dios no está despierta para ver cuán bello y maravilloso es Dios, y de ahí proviene la escasez de bendiciones. Oh, amados hermanos y hermanas en Cristo, ¡buscad aprender por vosotros mismos, porque no me llegan las palabras para hablaros de todas Sus infinitas bendiciones! En los momentos más oscuros, estoy listo para confiar en Él, porque sé cuán hermoso y amable y adorable Ser Él es, y si es la voluntad de Dios ponernos a prueba, permitámosle que lo haga, para que comprobemos por nosotros mismos quien es Él, porque Él se revelará a Sí Mismo, y le conoceremos mejor. Llegaremos a la conclusión de que Dios es un Ser maravilloso, admirable, y estaremos satisfechos con Él, y diremos: “Es mi Padre, permitiré que Él actúe como le plazca.

Cuando comencé a permitir a Dios que cuidase de mí, dependiendo de Él solamente, de acuerdo a Su Palabra, y me pasé cincuenta años depositando simplemente en Él mi propia vida, la de mi familia, impuestos, gastos de viajes y todas las demás necesidades, lo hice descansando en la sencilla promesa que encontré en el sexto capítulo de Mateo. **Creí la Palabra, descansé en ella y la puse en práctica. Me aferré a Dios según su Palabra.** Soy extranjero, un extrañero en Inglaterra, hablo siete idiomas y podía haberlos utilizado para encontrar un empleo remunerado, sin embargo, yo me había consagrado a la obra del Señor, puse mi confianza en el Dios Quien ha dado Sus promesas, y Él ha hecho conforme a Su Palabra. No me ha faltado de nada –absolutamente nada–. He tenido conflictos y dificultades, y he tenido mi cartera vacía, pero mis gastos han sido siempre cubiertos. He recibido miles y miles de dólares, mientras iba

siendo realizada la obra a lo largo de estos cincuenta y un años. Además, con respecto a mi trabajo pastoral, durante los cincuenta y un años pasados he tenido grandes dificultades, grandes obstáculos y perplejidades. Habrá siempre dificultades, siempre obstáculos. Pero Dios me ha sacado de todos ellos, y la obra ha seguido realizándose.

Ahora bien, esto no ha sucedido, como algunos han dicho, porque yo sea un hombre con un gran poder mental, o dotado de una energía y perseverancia especial –esas no son las razones–. **Ha sido porque he puesto mi confianza en Dios**; porque he buscado a Dios, y Él ha tenido cuidado de la Institución, la cual, bajo Su dirección, posee actualmente cien escuelas, con maestros y maestras, y otros departamentos de los cuales ya he hablado anteriormente.

No soy yo quien lleva la carga. Y ahora con mis setenta y seis años, tengo la fuerza física y el vigor mental para llevar a cabo tanto trabajo como cuando era un hombre joven en la universidad estudiando y preparando discursos en latín. Me siento con tanto vigor como en aquel tiempo. ¿Cómo es posible? Pues, porque en la última mitad de siglo de trabajo he sido capaz, con la simplicidad de un niño, de depender, de confiar en Dios. He tenido mis pruebas, pero me he asido de la mano de Dios, y así las he pasado y he sido sostenido. No es solamente que le permitamos, sino que hay también un firme mandamiento que Él nos da, para que echemos todas las cargas sobre Él. ¡OH, vamos, hagámoslo! Mi amado hermano o hermana en Cristo, “echa sobre Jehová tu carga, y Él te sustentará.” (Salmos 55:22). Día tras día esto es lo que yo hago. Esta mañana, presenté delante del Señor sesenta asuntos que tienen que ver con la iglesia de la cual soy pastor, y así sucede, día tras día es lo que hago, y año tras año; y así ha sido durante diez años, treinta años, cuarenta años.

No esperes obtener toda la fe de una vez. Desapruebo los maratones para obtener de golpe toda la fe. Yo no creo en eso. *Yo no creo en eso, no creo en eso y ojala entiendas del todo, que yo no creo en eso.* Todas estas cosas espirituales vienen de una forma natural. Lo poco que yo conseguí no lo logré todo de una vez. Todo esto lo digo, particularmente, porque me llegan estas cartas llenas de preguntas de todos aquellos que buscan fortalecer su fe. Otra vez digo, permanece con toda tu alma en la Palabra de Dios, y se te incrementará la fe a medida que vayas ejercitándola.

Una cosa más. Hay algunos que dicen, “OH, yo jamás tendré el don de fe que el Sr. Müller posee.” Esto es un error –es el más grande de los errores– no hay ninguna verdad en esto. Mi fe es la misma clase de fe que todos los hijos de Dios tienen. Es la misma clase de fe que Simón Pedro tenía, y

todos los cristianos pueden obtener la misma fe. Mi fe es la misma fe que la de ellos, aunque la mía pueda ser mayor que la suya debido a que haya sido un poco más desarrollada a través de ejercitarla, pero la fe que tienen es precisamente la fe que yo ejercito, solo que, con respecto al grado, la mía pueda haber sido más fuertemente ejercitada.

Ahora bien, mis queridos hermanos y hermanas, comiencen de forma sencilla. Al principio, yo fui capaz de confiar en el Señor por \$10 dólares, después por \$100, después por \$1.000 y ahora, con una gran facilidad, puedo confiar en Él por \$1.000.000 si fuese necesario. Pero primero, debo quieta, cuidadosa, y deliberadamente examinar y ver si aquello para lo que estoy confiando, es algo que esté en armonía con Sus promesas en Su Palabra escrita. Si hallo que lo está, las muchas dificultades no serán un obstáculo para mi confianza. ¡Cincuenta y un años, y Dios nunca me defraudó! Confía en Él por ti mismo y comprueba cuán fiel es Él a Su Palabra.

APÉNDICE A

Cinco Condiciones Predominantes en la Oración

- 1.- Una completa dependencia en los méritos del Señor Jesucristo como mediador, como única base de cualquier pedido de bendición. (Véase Juan 14:13, 14, 15, 16 etc.).
- 2.- Separación de todo pecado conocido. Si guardamos iniquidad en nuestros corazones, el Señor no nos oirá, porque sería sancionado el pecado. (Salmos 66:18).
- 3.- Ten fe en la Palabra de Dios y en Sus promesas por Él confirmadas bajo juramento. Si no Le creemos, le estamos haciendo tanto mentiroso como perjuro. (Hebreos 11:6; 6:13-20).
- 4.- Pedir de acuerdo con Su voluntad. Nuestros motivos deben ser piadosos: no debemos esperar o procurar ningún don de Dios para gastar en nuestros deleites o para nuestra perdición. (1ª Juan 5:14; Santiago 4:3).
- 5.- Insistir, ser incesantes en la súplica. Se debe esperar en Dios y esperar de Dios, como el labrador que tiene paciencia para esperar la cosecha. (Santiago 5:7; Lucas 18: 1-8).

APÉNDICE B

El Cuidado y la Consecutiva Lectura de las Sagradas Escrituras

En relación a esta materia, el Sr. Müller dice: “Yo caí en la misma trampa que caen muchos jóvenes creyentes: la lectura de libros religiosos en preferencia de las Escrituras. Dejé de leer novelas alemanas o francesas, como lo hacía anteriormente, para alimentar mi mente carnal; pero aún así no puse en el lugar de esos libros el mejor de todos los libros. Leía extractos religiosos, informativos misioneros, y biografías de personas piadosas. Este último tipo de libros los hallé más provechosos que los otros. Si hubieran sido bien seleccionados, o si no hubiera leído lo suficiente de tales escritos, o si algunos de ellos hubieran inspirado en mí el amor a las Escrituras, me hubieran hecho mucho bien, pues estos nunca generaron en mi vida el hábito de leer las Sagradas Escrituras.

Cuando tenía menos de quince años de edad, ocasionalmente leía algo de ellas en la escuela; sin embargo, el precioso Libro de Dios era enteramente puesto a un lado, así que nunca leí ni un solo capítulo de él, que yo recuerde, hasta que le plació a Dios comenzar la obra de gracia en mi corazón. Ahora la manera bíblica de razonamiento hubiera sido: Dios mismo ha sido condescendiente en ser El Autor y yo soy ignorante acerca de ese

precioso Libro, el cual Su Santo Espíritu hizo que fuese escrito usando como instrumentos a Sus siervos, y él contiene lo que yo debería saber, y el conocimiento que me guiará a la verdadera felicidad; por eso debería leer una y otra vez este que es el más precioso de los Libros, el Libro de libros, con mucha oración, de todo corazón, y con mucha meditación; y en esta práctica debo perseverar todos los días de mi vida.

Porque yo era consciente, aunque la leía pero poco, que escasamente entendía algo de ella. Pero en vez de dedicarme a ella, y ser motivado por mi ignorancia de la Palabra de Dios a estudiarla más, mi dificultad en entenderla, y el poco gozo que tenía en hacerlo, me hizo descuidado en su lectura (porque mas oración a la hora de leer la Palabra, no solo nos da más conocimiento, sino que, además, incrementa en nosotros el placer en leerla); y por eso, como muchos creyentes, yo prácticamente prefería, durante mis primeros cuatro años de vida divina, las obras literarias de los hombres no inspiradas en el Dios viviente. La consecuencia fue, que permanecí siendo niño, tanto en el conocimiento como en la gracia. En cuanto al conocimiento, digo; porque todo verdadero conocimiento debe provenir por el Espíritu, de la Palabra, y una vez que yo era negligente en la Palabra, fui durante cuatro años tan ignorante que no sabía con la claridad suficiente ni tan siquiera los puntos fundamentales de nuestra santa fe. Y esta falta de conocimiento tristemente me impidió andar con paso firme y rápido en los caminos de Dios. Porque es La Verdad la que nos hace libres (Juan 8:31-32) al librarnos de la esclavitud de los deseos de la carne, de los deseos de los ojos, y de las vanaglorias de la vida. La Palabra lo prueba; y mi experiencia personal también lo prueba más decididamente. Porque cuando le agradó al Señor en Agosto de 1829 darme a conocer realmente las Escrituras, mi vida y mi caminar llegaron a ser muy diferentes. Y aunque aún desde entonces, me haya quedado muy corto en comparación con dónde debería haber llegado, aun así, por la gracia de Dios, me ha sido posible vivir mucho más cerca de Él que anteriormente.

“Si algún creyente lee esto, y aún piensa que es más práctico leer otros libros antes de las Sagradas Escrituras, y se deleita con los escritos de los hombres mucho más que con la Palabra de Dios, tal vez estos puedan ser avisados con mi pérdida. Consideraré entonces este libro que escribo ahora, como un medio para hacer mucho bien, si le place al Señor que sea un instrumento Suyo, para guiar a algunos de los Suyos a no descuidar más las Sagradas Escrituras sino que les den a estas, la preferencia que ellos le han concedido hasta ahora a los escritos de los hombres. Mi desagrado en incrementar el número de libros, debería ser suficiente como para detenerme de escribir estas páginas, no estando convencido de que este es el único camino en el cual los hermanos puedan ser a la larga beneficiados

a través de mis propios errores y equivocaciones, y sean beneficiados por la esperanza, de que en respuesta a mis oraciones, la lectura de mi experiencia pueda ser el medio que los guíe a valorar más altamente las Escrituras, y que sean estas las que produzcan en ellos la pauta de todos sus actos...

Si alguno me pregunta, como puede leer más provechosamente las Escrituras, debo avisarle, que:

I. Sobre todo, debe buscar tener bien claro en su propia mente, que solamente Dios, a través de Su Espíritu puede enseñarle, y que por tanto, el lector debe primero inquirir en oración y pedirle a Dios que ilumine su entendimiento justo antes de comenzar la lectura, y también mientras esté leyendo.

II. Tiene que tener en cuenta, además bien asentado en su mente, que aunque el Espíritu Santo es el mejor y suficiente maestro, que aun así ese maestro, no siempre enseña las cosas inmediatamente cuando nosotros lo deseamos, y que por tanto, no debemos suplicarle una y otra vez para que nos explique ciertos pasajes; pero debemos tener la seguridad de que Él ciertamente nos los enseñará en algún punto, si ciertamente estamos procurando más luz y entendimiento con la oración y paciencia necesaria, y con la vista puesta en la gloria de Dios.

III. Es de suma importancia para el entendimiento de la Palabra, leerla ordenadamente, para que podamos leer todos los días una porción del Antiguo Testamento y una porción del Nuevo Testamento, y comenzar la siguiente vez que leamos, donde previamente la habíamos dejado. Esto es importante porque:

- (1) Aporta y nos da luz con la conexión que, de otro modo, por ejemplo: como sucede en la selección habitual de ciertos capítulos en particular (sin leer los anteriores) hará que sea completamente imposible entender una gran parte de las Escrituras.
- (2) Es contrario a la gloria de Dios poner aparte algunos capítulos de aquí y allí, esto prácticamente sería como decir que ciertas porciones son mejores que otras; o, que hay ciertas partes de verdad revelada sin provecho o innecesarias.
- (3) Las Escrituras contienen toda la voluntad de Dios revelada, y por eso debemos procurar leer de tiempo en tiempo, la totalidad de esa Su Voluntad revelada. Me temo que haya muchos creyentes, hoy día que no hayan leído ni una sola vez las Escrituras desde el principio hasta el final, y sin embargo en pocos meses, leyendo unos pocos capítulos todos los días, esto puede fácilmente llevarse a cabo.

[Nota de traductores: Como hemos hecho notar al principio, Müller aún no había entendido, como santos hombres de Dios nos han mostrado en estos últimos tiempos, que las Escrituras deben ser leídas siempre teniendo en cuenta las diferentes administraciones y a quién están dirigidas particularmente. Toda la Palabra de Dios ES VERDAD, desde Génesis, hasta Apocalipsis, pero sí hay escrituras específicas dirigidas a nosotros en esta Administración de Gracia - las 7 epístolas a la Iglesia escritas por el Apóstol Pablo y a las cuales tenemos que dar una mayor atención].

IV. Es también de suma importancia meditar en lo que leemos, tal vez en una pequeña porción de lo que hayamos leído, o, si tenemos tiempo, meditar en la totalidad durante el curso del día. O una pequeña porción de uno de sus libros, o de una epístola, o de un evangelio en la que regularmente meditemos, puede ser considerada cada día, sin que por supuesto, vengamos a ser esclavos de un plan previamente definido.

*“Los **comentarios** memorizados he visto que llenan la **cabeza**, con muchas nociones y algunas veces también con la verdad de Dios; pero cuando es el **Espíritu** quien enseña, a través de los instrumentos de la oración y meditación, afecta al **corazón**. La primera forma de adquirir conocimiento generalmente nos envanece, y es muchas veces abandonado, cuando otro comentario nos da una opinión diferente, que generalmente tampoco se le encuentra ningún valor, cuando tiene que llevarse a la práctica. La otra forma de adquirir conocimiento (de parte de Dios) generalmente nos hace humildes, nos da gozo, nos guía para acercarnos a Dios, y no se abandona su razonamiento fácilmente; y habiendo sido recibido directamente de Dios, y habiendo penetrado en el corazón, y llegado a formar parte del nuestro, es también generalmente puesto en práctica.”*

APÉNDICE C

Cómo Descubrí la Voluntad de Dios

1- BUSQUÉ DESDE EL PRINCIPIO poner mi corazón en tal estado, que no tenía en cuenta para nada mi propia voluntad con respecto a ningún asunto. Noventa por ciento de los problemas de las personas se encuentra precisamente aquí. Noventa por ciento de las dificultades se sobrepasan, cuando nuestros corazones están dispuestos a aceptar la voluntad de Dios, cualquiera que esta sea. Cuando alguien se pone verdaderamente en este estado, generalmente no hay más que un pequeño paso para llegar a conocer cuál es Su voluntad.

2. HABIENDO HECHO ESTO, no dejé, no permití que el resultado se quedase en un sentimiento o en una simple impresión. Si hago eso, voy a llevarme una gran desilusión.



3. BUSCO LA VOLUNTAD de Dios a través, o en conexión con Su Palabra. El Espíritu y la Palabra deben ser combinados. Si miro solamente al Espíritu sin tener en cuenta la Palabra, también me llevaré una gran desilusión. Si el Espíritu Santo nos guía a toda la verdad, Él lo hará conforme a las Escrituras y nunca se contradecirá.

4. SEGUIDAMENTE TOMO en consideración las circunstancias providenciales. Estas generalmente me indican claramente la voluntad de Dios en conexión con Su Palabra y Espíritu.

5. LE PIDO A DIOS en oración que me revele Su voluntad. ASÍ PUES, A TRAVES DE LA ORACION a Dios, el estudio de la Palabra y reflexión, llego a la conclusión deliberada de acuerdo a lo mejor de mi capacidad y conocimiento, y sí mi mente está en paz, después de dos o tres peticiones más, procedo a actuar en consecuencia de acuerdo a lo que me ha sido revelado.

Tanto en asuntos sin importancia, como en transacciones que envuelvan los más importantes asuntos, he hallado que este método es siempre eficaz.